



Estudios de Literatura Colombiana
ISSN: 0123-4412
elc@comunicaciones.udea.net.co
Universidad de Antioquia
Colombia

Orozco, Wilson

He visto la noche de Manuel Zapata Olivella: el viaje de un marginal en la búsqueda de sus raíces

Estudios de Literatura Colombiana, núm. 31, julio-diciembre, 2012, pp. 267-273
Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=498351803015>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

***He visto la noche* de Manuel Zapata Olivella: el viaje de un marginal en la búsqueda de sus raíces**

***He visto la noche* by Manuel Zapata Olivella: the Trip of a Marginal Person in Search of his Roots**

Wilson Orozco
Universidad de Antioquia, Colombia

Recibido: 7 de marzo de 2012. Aprobado: 13 de agosto de 2012

Fue hace algunos años cuando un amigo inglés, impenitente viajero quien considera un viaje entre Medellín y Buenos Aires como algo normal, el que un día me dijo que se había leído *He visto la noche* de Manuel Zapata Olivella. Y remató en su perfecto español con una expresión que no se me ha olvidado y que fue la motivación para emprender la lectura al instante: “¡Qué cuca de novela, hermano!”.

Y de hecho, sí que lo fue para mí en ese momento. En efecto, fue un grato descubrimiento, ya que pocas veces sentía ese desenfado en una voz narrativa en la literatura colombiana ni la frescura en el género conocido como literatura de viaje.

Ya temáticamente, lo primero que observé en esa novela fue el carácter de marginalidad del viajero: negro, pobre, con ansias de ser escritor, con un “amedrentado inglés”, pero sin obstáculos para interactuar con otros. Pero también por el carácter mismo de su desplazamiento y lugares donde le toca pernoctar: en trenes, buses y playas. Esta dificultad en el desplazamiento y en su hospedaje tiene el signo de la obligatoriedad. Lejos está de los desafíos pequeñoburgueses de los narradores de, por ejemplo, *El viejo expreso de la Patagonia: un viaje en tren por las Américas* de Paul Theroux (2000), quien se impone la tarea de viajar de Boston a la Patagonia en tren (la odisea por Colombia es más que indescriptible) o del recién publicado *Hotel España* de Juan Pablo Meneses (2009), quien viaja por toda Latinoamérica buscando hoteles que estén bautizados con ese nombre ibérico.

Así que el narrador de *He visto la noche* viaja principalmente en bus a través de un país que es reconocido por propios y extraños por su inmensidad (en ese sentido habría que consultar también *Menuda América* de Bill Bryson [1994], quien hace un recorrido por los Estados Unidos, pero la característica de su viaje es que tiene que ser en carro y pasar por pueblos más que desconocidos; algo así como un recorrido por la *América profunda*).

La inmensidad del terreno recorrido en bus implica un cierto desafío y a la vez una marginalidad económica. Porque se dice que quien hace viajes intermunicipales en bus en los Estados Unidos es porque realmente está en la inopia. Pero ese viaje en bus es lo que a la vez le da la posibilidad al narrador de entablar largas conversaciones con los otros pasajeros y así suspender la alienación propia de los viajes, especialmente aquellos que incluyen las divisiones económicas de clase ejecutiva y clase turista. De hecho, esta permanencia en los buses y en los lugares a los que llega le da la posibilidad al narrador de observar y estudiar a los otros personajes detenidamente porque este es en el fondo el interés principal de narrador al emprender el viaje por los Estados Unidos. Así lo declara: “Si antes las rutas y el paisaje movían a inquietud mis pasos, ahora el hombre se convertía en el objeto de mi descubrimiento” (Zapata Olivella, 1982: 7).

Pero paralelamente —y esto es tal vez lo más importante— el narrador quiere entablar una especie de resistencia y de demostrar su rebeldía frente a la ignominiosa obligación de sentarse en los puestos de atrás reservados a los negros: “una muda discriminación de los puestos traseros reservados a los hombres de raza negra” (Zapata Olivella, 1982: 32).

Frente a tal afrenta, nuestro narrador se niega, discute, emprende discusiones con los otros personajes que incluso ven una clara justificación a su rebeldía. Y todo por supuesto está situado en los fervientes años de la lucha por los derechos civiles.

Aparte del ya paradigmático carácter de tener que viajar en bus por gran parte de los Estados Unidos, es el carácter vagabundo del narrador: en ninguna ciudad se queda por un tiempo considerable y pareciera que el desafío, el motivo fundacional del viaje mismo fuera realmente el de avanzar por avanzar como en una especie de *road movie* cuyo único objetivo es, como ya se dijo, el estudio de los humanos.

Así que el itinerario completo y a grandes rasgos del narrador es el siguiente: inicia en México y luego pasa a Los Ángeles, Nebraska, Iowa, Chicago, Nueva York, Carolina del Norte, Georgia, Texas para terminar de nuevo en el punto de partida, México. Las motivaciones del viaje, hay que decirlo, no están muy claras al inicio del relato. Solo se nos dice que gracias a que el narrador llega tarde a una cita con unos periodistas que van a unas pruebas nucleares en el atolón de Bikini, este, al azar (como casi todo el periplo que emprende), decide entonces ir hacia los Estados Unidos para ahondar en lo que los estudios universitarios no le han ofrecido. Esto es

significativo, ya que el narrador, en su carácter de marginalidad, prefiere la acción sobre el discurso, el contacto real sobre el mediado que sería el conocimiento adquirido en la academia: “Yo había aprendido [con el viaje] algo más de lo que se me ensañaba en las universidades [...]” (Zapata Olivella, 1982: 32).¹

Este viaje está teñido de principio a fin de la reflexión social, y la frontera con México ofrece una excelente oportunidad precisamente para ello: nuestro narrador poco a poco va develando que es médico metido ya a labores reporteriles. Por ello se le permite acompañar a los trabajadores mexicanos reclutados para trabajar en los Estados Unidos, quienes sufren una especie de exilio, pues deben abandonar su tierra para laborar por unos cuantos dólares en los Estados Unidos y así poder sostener a sus familias al otro lado de la frontera. En este viaje con los trabajadores mexicanos persiste una metáfora recurrente y es la del relato bíblico del éxodo. Por un lado, los trabajadores son vistos como aquellos que deben salir en éxodo con la esperanza de regresar algún día a la tierra prometida y abandonada. O así al menos es el discurso que les vende el capataz del regimiento mientras les habla por un parlante (el capataz no se ve, por lo que se ahonda aún más esa imagen de un dios todo poderoso que habla pero no se ve): “—Cada uno de ustedes puede regresar convertido en agricultor capaz de producir manzanas en las tierras donde hoy solo crecen tunas” (Zapata Olivella, 1982: 18). Esta afirmación por parte del capataz ofrece una especie de aliento, aliento tan necesario en los regimientos, pues “una sonrisa se dibujó en sus caras ensombrecidas e instintivamente agitaron las manos en un deseo de entrar en acción” (1982: 18).

Pero como buen éxodo, no pueden faltar las tablas de la ley para estos trabajadores y que por supuesto van a estar al servicio de una mayor productividad:

De repente, se dieron las instrucciones que no tardaron en hacer arrugar los rostros:

—La ley será inflexible con los bebedores.

—A los perezosos se les devolverá a su país.

1 En este sentido llama la atención lo que dice el afamado crítico Eduardo Pachón Padilla del autor de *He visto la noche*: “Zapata nunca ha sido un intelectual. Yo sufría mucho, porque él leía poco. Le prestaba libros y me los devolvía sin leerlos. Zapata es un narrador nato. Sus historias las tiene ahí, como a flor de piel, y las suelta de improviso” (Pineda-Botero, 1995: 106).

—Cada cual debe obedecer estrictamente los reglamentos (Zapata Olivella, 1982: 18-19).

Pero el éxodo bíblico se trasmuta paulatinamente en una metáfora de guerra y del holocausto, pues los trabajadores son separados, divididos, desinfectados y montados en trenes: “Tuve la impresión de que marchábamos en un tren blindado hacia trincheras de guerra” (Zapata Olivella, 1982: 20). Por supuesto que el narrador se identifica con los trabajadores y simpatiza con sus desgracias y por ello precisamente es visto con sospecha e incomodidad por parte del personal directivo, quien “comenzó a mal mirarme por mi convivencia con los braceros: dormía igual que ellos, sobre el duro tablado de los vagones, en medio de sus cuerpos calientes y sudorosos que se bamboleaban como racimos en el balanceo de la locomotora” (1982: 20).

Hasta aquí puede entonces acompañar el narrador a los braceros, así que decide ir hacia Los Ángeles a probar suerte como escritor en los estudios de Hollywood. Si bien las razones del viaje son bastante abstractas, poco a poco y gracias a las amargas experiencias que le toca enfrentar, su conciencia racial y social se amplían. Y debido a que en la meca del cine norteamericano uno de sus guiones no es aceptado porque incluye como protagonista a un negro, decide abandonar esta ciudad y, según sus palabras, “se me acrecentó el firme propósito de buscar a los de mi raza” (Zapata Olivella, 1982: 51).

Así que deja Los Ángeles y emprende un largo viaje hacia el centro mismo de los Estados Unidos para alcanzar Chicago, que es donde se inicia el periodo donde el narrador encuentra una especie de civilización representada en los electrodomésticos, toda clase de artilugios y rascacielos. Pero lo más importante es que allí encuentra un fuerte movimiento por la defensa de los derechos civiles. Chicago sirve además como referente del pasado campesino del narrador, ya que allí se siente como aquel que se ve enfrentado a la gran ciudad por primera vez.

Otro aspecto importante del encuentro con la gran ciudad es que esta profundiza el carácter de alienación y marginalidad del narrador. Sus escasos recursos lo obligan a vagar por las calles y a dormir en bancas, playas y estaciones de tren. De hecho, una figura recurrente es la llegada de la noche y la preocupación que siempre le genera esta y su consecuente “interrumpido sueño” (Zapata Olivella, 1982: 122).

Pero no contento con el desafío que implica Chicago, quiere ahondar cada vez más en la experiencia de la gran urbe y emprende viaje hacia Nueva York, y desde allí dará cuenta de los colores típicos de esta ciudad: su inmensidad, los personajes extraños que la habitan (incluidos homosexuales

y escritores) y Wall Street (centro del dominio económico mundial y del consecuente odio por parte del narrador). Llama la atención por ejemplo el tratamiento que tiene el narrador de los homosexuales, tratamiento que da cuenta de una visión decimonónica de la homosexualidad y que por supuesto no está exenta de moralismo. El narrador observa a los travestis que pasean “sin descaro su homosexualidad” y ello le produce un “sentimiento desgarrador” (Zapata Olivella, 1982: 82). En pocas palabras, el homosexual para el narrador es un morboso, un cínico y un perverso que lo único que necesita es asistencia médica. Y es esa visión médica la que realmente tiñe todo el texto y es la medicina (*social?*) la llamada a prevenir y curar las desviaciones, tanto sexuales como económicas. De hecho, cuando está en la frontera con México comenta que la salida de trabajadores mexicanos hacia los Estados Unidos representa una especie de pérdida de “sangre” (1982: 17) para el país centroamericano.

Todas estas situaciones, pues, de segregación, explotación y perversión necesitan de la ilustración de primera mano (que no es ofrecida en los libros), pero a la vez implica también plasmar esta experiencia (casi mística) en el texto. Ya convencido de su compromiso como escritor, va en una especie de peregrinaje a buscar consejo en escritores como Langston Hughes, a quien utiliza al inicio de la novela como autor del siguiente paratexto:

He contemplado ríos,
viejos, oscuros, con la edad del mundo
y con ellos, tan viejos y sombríos
el corazón se me volvió profundo.

De hecho, el viaje a los Estados Unidos está teñido de literatura, pues confiesa que viaja allí porque es un país que aprendió a “amar a través de los relatos de Walt Whitman y Langston Hughes” (Zapata Olivella, 1982: 7). Aunque otro escritor que merece su visita es Ciro Alegría. A la pregunta que le hace de si merece la pena escribir, el escritor peruano responde un tanto trascendentalmente: “América necesita de novelistas que sepan comprenderla tal cual es y le señalen los caminos del futuro” (1982: 127). Con esto en mente, el narrador parte hacia el sur y visita Carolina del Norte, Georgia y Texas (que algunos llamarían como la *América profunda*) y que a los ojos del narrador se presenta como la cuna de lo peor de la explotación económica y de la segregación racial: “Era así como se pagaba toda violación a las fronteras raciales, había comenzado a experimentar en carne propia el exqui-

sito refinamiento con que los blancos humillaban a los negros que trataban de empinarse intelectualmente” (61).

Aunque a la vez ya empieza a existir un cambio significativo en la visión que tiene el narrador sobre la cuestión racial: “Paulatinamente iba descubriendo el nuevo sentido de la sociedad” (Zapata Olivella, 1982: 33), pues gradualmente se concientiza de que en el fondo de la segregación existe una cuestión económica más profunda. Ello al ver por ejemplo la nula solidaridad de los negros ricos hacia sus hermanos pobres en Harlem. Así que se puede observar aquí un evidente cambio de visión en el narrador, pues al inicio está bastante teñida de sicología: los negros, por ser de la raza que son, tienen unas características sicológicas inherentes. Pero además esa visión está un tanto teñida de idealización, pues cuando está en la frontera con México, dice de ellos que son “*puros* y robustos que respiraban alegría y vida por todos los poros” (1982: 23, énfasis añadido). Para bien o para mal, encuentra finalmente que las condiciones económicas son las realmente determinantes a la hora de las separaciones propias de los seres humanos.

Parece que es claro entonces cuál es el camino que le espera a nuestro narrador viajero: después de un periplo en el que están mezclados la experiencia, el desafío, la transformación de las concepciones sobre la segregación de los negros y el encuentro con escritores que le indican que su labor de escritura debe estar ligada al compromiso político, el narrador termina así su periplo.

Para concluir, hay que decir entonces que el título es ambiguo, pues no ofrece una certeza sobre el carácter de la novela. Es decir, no se plantea que es un viaje ni mucho menos cuál es la dirección del narrador. El narrador es una especie aparte que ha experimentado algo que el lector tal vez no. Ha visto una noche metafórica y real. Empareja en el título la noche que se vincula con lo negro y oscuro a la furia negra. Él va hacia un viaje iniciático, un viaje profundo, un viaje que implica llegar hasta las mismas raíces. Tal vez como intentan los médicos cuando, no contentos con los síntomas, se adentran en las causas. Las palabras del narrador resumen tal vez mejor esto:

Estoy en pleno ejercicio de mi profesión médico-social y aquí habré de permanecer hasta cuando las nuevas fuerzas que emergen de la sociedad, *extirpen el tumor que convierte a la mayor parte de los hombres en miembros gangrenados* (Zapata Olivella, 1982: 182, énfasis añadido).

Bibliografía

- Bryson, Bill. (1994). *Menuda América*. Barcelona: Mondadori.
- Meneses, Juan Pablo. (2009). *Hotel España*. Bogotá: Norma.
- Pineda-Botero, Álvaro. (1995). *Testamento literario de Eduardo Pachón Padilla*. Bogotá: Plaza y Janés.
- Theroux, Paul. (2000). *El viejo expreso de la Patagonia: un viaje en tren por las Américas*. Barcelona: Grandes Viajeros.
- Zapata Olivella, Manuel. (1982). *He visto la noche: las raíces de la furia negra*. Medellín: Bedout.